

VISUALIZANDO EL TRABAJO DE CAMPO ETNOGRÁFICO. CLAVES PARA SU CONSIDERACIÓN.

EDUARDO ÁLVAREZ PEDROSIAN

Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (Labtee), Facultad de Información y Comunicación
Universidad de la República/ Uruguay. / Correo: eduardo.alvarez@fic.edu.uy

APOSTANDO POR LA CONSOLIDACIÓN DE UNA PRÁCTICA PROFESIONAL ◀

Entre las múltiples actividades desarrolladas a lo largo de estos años por nuestra Asociación, y que hoy celebramos, se encuentra la serie de concursos fotográficos en los que tuve el privilegio de participar, primero como postulante y luego como miembro del jurado en varias ocasiones, junto a queridas y queridos colegas de la región. En aquellas últimas ediciones en las que participé desde dicho rol, lo que más interés me despertó fue la posibilidad de generar un espacio de reflexión sobre esa experiencia que tantas veces se ha repetido, es y seguirá siendo seña distintiva de nuestra profesión: el trabajo de campo etnográfico (Lins Ribeiro, 1998).

Además de esta condición permanente de constituirse en un tema de interés central, renovado en cada momento del devenir del conocimiento antropológico, hay cuestiones locales que merecen ser tenidas en cuenta. Para el desarrollo de la antropología hecha en Uruguay, resultó especialmente significativo poner el foco en esta temática, para impulsar un proceso de consolidación en el que se venía trabajando, por lo menos, desde la última década, en el esfuerzo por alimentar la proliferación de una práctica etnográfica profesional (Romero Gorski, 2010). Visualizar ese quehacer, en el doble sentido de hacer comunicable la experiencia por todos los medios posibles y de incorporar específicamente la producción fotográfica en dicha práctica investigativa, fue uno de los grandes aportes de la Asociación en este sentido.

Tampoco es menor el hecho de que estas instancias fueron planteadas de forma internacional, para nada restringida a las fronteras estatales. Y así fue como, efectivamente, gran número de colegas de diversos contextos de América Latina principalmente, participaron de forma activa de estos concursos, junto a quienes también integraron los equipos encargados de formular las bases y seleccionar los materiales. Es así que los criterios de definición del ejercicio, la construcción de la mirada proyectada al respecto, e incluso las propuestas expositivas posteriores, estuvieron pautadas por esta actitud, este *ethos*, propio de las “antropologías del mundo” y su “diversidad” (Lins Ribeiro y Escobar, 2008, p. 39).

TRABAJO DE CAMPO ETNOGRÁFICO: EXPERIENCIAS ENTRE VIEJOS Y NUEVOS DILEMAS

Si bien hay que tomar nota y ser muy precavidos en lo que respecta a las simplificaciones de un tipo de empirismo ingenuo al respecto del rol del trabajo de campo etnográfico (Ingold, 2008), considero que el conocimiento antropológico está particularmente orientado por un espíritu pragmatista, para el cual el universo inmanente de puras prácticas resulta crucial (Álvarez Pedrosian, 2011, 2014). La forma de teorizar se sustenta en la experiencia del extrañamiento y la reflexividad, en tanto dispositivos productores de subjetividad. Las figuras cognoscentes más cercanas, según los diferentes momentos y situaciones consideradas, son la del niño, el marginal, el extranjero, el esquizofrénico (Hammersley, M. Atkinson, 1994; Lins Ribeiro, 1998).

¿Esto nos exime de compromisos ético-políticos? Más bien todo lo contrario: sostener una actitud y desarrollar actividades orientadas en tal sentido constituyen en sí mismas cuestiones profundamente ligadas a la responsabilidad social, en un cuestionamiento constante, eso sí, sobre las formas de participación, con el fin de garantizar dinámicas inclusivas y problematizadoras de lo real: no para alejarnos de los hechos, sino para evidenciar e incidir afirmativamente en su construcción (Latour, 2004). Esto siempre ha sido difícil, desde la gestación de las diferentes ciencias humanas y sociales y particularmente a partir de que los cuestionamientos a la colonialidad occidental se instalaron para no irse, junto a lo que las epistemologías feministas reclaman y demandan. Pero ciertamente, la antropología ha estado a la cabeza de este proceso, lo que obliga a quienes dedicamos nuestras vidas a ella, a resistir y apostar una y otra vez por los aportes que pueden realizarse desde su mirada, desde cada ojo constructor de una imagen, desde cada captura de luz y lo que nos muestra.

Como ya lo señalaba Geertz (1996), un poco olvidado de más en estos tiempos como sucede tantas veces con los vaivenes de las modas, la teoría es dependiente de los acontecimientos suscitados para su gestación, tanto de lo que consideramos datos empíricos como inferencias producidas en “la mesa”, o sea en la instancia analítica de procesamiento y elaboración de los productos resultantes (Velasco y Díaz de Rada, 1997). De hecho, como efecto del “momento *Writing culture*” (Clifford y Marcus, 1991), primero se experimentó un énfasis considerable en las cuestiones relativas a esta instancia de trabajo, problematizando las formas de escritura, la autoridad textual, los géneros y estilos, en definitiva la puesta en crisis de la representación (James, Hockey y Dawson, 1997).

Luego de los merecidos cuestionamientos a los excesos de recursividad retórica, con los peligros que ello conlleva (Reynoso, 1991), se abrió definitivamente la caja de Pandora, al pasar a tematizar la otra instancia cognoscente, inextricable de la anterior, la del trabajo de campo. La misma noción de “campo” era también arrastrada por este proceso epistemológico, más o menos superados los temores generados por la crisis de la representación y la aparición de otras perspectivas críticas, junto a las discusiones sobre las maneras de participación, de relacionamiento con las subjetividades involucradas en los fenómenos abordados por el investigador, en un escenario dialógico por demás rico en implicancias éticas y estéticas.

Cuando nos enfrentamos a una propuesta como la impulsada por nuestra Asociación, está todo ello en juego, en un doble vínculo que permite consolidar nuestras búsquedas en la especificidad de una mirada disciplinar enriquecida por las interpelaciones inter, trans e in-disciplinadas. No hacía falta esperar a que otras antropologías, tradicionalmente ubicadas en los centros coloniales de poder, anunciaran la necesidad de abrirse a este tipo de horizonte de colaboración, pues en nuestras latitudes ya contábamos con tradiciones donde esto era planteado, como en el caso de las universidades herederas de la Reforma de Córdoba de 1918, como la Udelar. Una antropología hecha en Uruguay, por tanto, está pautada por esta “matriz de pensamiento” (Argumedo, 1993), donde la producción de conocimiento es interpelada constantemente por la tipo de mediaciones que pueden o no establecerse con los directa e indirectamente involucrados en los problemas que se abordan, incluso en la misma forma de plantearlos. Tarea para nada sencilla, más bien todo lo contrario, pues se encuentra plagada de tensiones, conflictos y desafíos propios de una tarea constructiva que atraviesa subjetividades, cuerpos y campos socialmente establecidos.

Por todo ello, la temática de estos concursos y los resultados obtenidos, han sido cruciales para el fortalecimiento a un mismo tiempo de la antropología local y sus aportes en las redes contemporáneas de producción de conocimiento, tanto en el diálogo con otras antropologías como con otras disciplinas y campos de saberes más o menos instituidos. Como efecto de una suerte de des-trascendentalismo, la bajada a tierra del quehacer etnográfico es expresión y se alimentó de este tipo de propuestas donde se propició el ejercicio del extrañamiento y la reflexividad. Ciertamente que mucho ha quedado aún por verse, por supuesto: otras instancias de otras formas de experimentar lo que podemos concebir actualmente como campos de experiencia, en la producción de subjetividad de lo que llamamos lo humano, cada vez más tensionado en sus umbrales y por todo aquello que lo atraviesa.

LA VISUALIDAD COMO EMERGENTE DE UN ETHOS

No pretendo reiterar una vez más la frase de Margaret Mead, acerca de la imagen visual en medio de una disciplina, como todas las que se jactaban de científicas, dominada por el *logos*, la racionalidad verbalizada. Lo interesante es, por el contrario, valorar el hecho de que el uso de la fotografía y las primeras elaboraciones audiovisuales estuvieron ligadas a la antropología desde sus primeros pasos, tanto por cuestiones teórico-metodológicas como ontológicas (Guigou, 2001; Grimshaw y Ravetz, 2005). Se trata tanto de una herramienta privilegiada para abordar cuestiones que escapan, justamente, a los parámetros de la comunicación oral y escrita, presentes en la esfera de lo que podemos denominar como una cultura visual, e incluso particularmente fotográfica, como de una perspectiva conceptual sobre el estudio de cualquier construcción cultural, en tanto profundización en la dimensión imaginaria de lo real (Barthes, 1989; Morphy y Banks, 1999).

La búsqueda de una mirada holística y un narrativa acorde a ello, la necesidad de captar el sentido de la existencia para aquellos que habitan un universo tal, creado por sí mismos en complejos procesos de mediación con todo tipo de seres y entidades presentes, actuales y virtuales, ha motivado la práctica etnográfica y la teorización derivada de ella en la búsqueda de procedimientos experimentales. Incluso para captar la dotación de agencia en los objetos (Gell, 1998). Y ello más allá de intencionalidades manifiestas, pues el mismo umbral entre lo consciente e inconsciente es parte de la producción de subjetividad en cuestión (Biehl, Good, y Kleinman, 2007). Es así que nos encontramos con la poética social más allá de lo que podemos considerar estrictamente como arte, e incluso artesanía (Álvarez Pedrosian, 2018a). Por eso, más que “un momento experimental” (Marcus y Fischer, 2000), se trata de una condición o configuración del pensamiento que puede alcanzar grados de maduración significativos, si somos capaces de construir colectivamente el soporte institucional, epistemológico y ético para ello (Álvarez Pedrosian, 2018b).

Las fotografías sobre experiencias de trabajo de campo etnográfico que han llegado a nosotros a través de los concursos de la Asociación desde diversas latitudes, nos informan sobre todo ello. Nos encontramos con el uso plural de las imágenes visuales, según los fines ya tradicionalmente tematizados en la bibliografía especializada al respecto, en las tensiones propias de los complejos vínculos entre arte, ciencia y medios masivos de comunicación: como fuente de documentación de la experiencia, como factor de evocación y movilizadora de emociones y afectos (Sontag, 2006), apostando por una poética social que vaya más allá de lo que puede ser dicho por palabras, procurando acceder a los universos existenciales y sus “*auras*”, al decir benjaminiano, las manifestaciones irrepetibles de lejanías por más cercanas que estas puedan estar (Benjamin, 1973). Rescate y documentación, evidencia del devenir y su fugacidad, materialidad desterritorializante, pura comunicación en definitiva que nos conecta y proyecta más allá, interpelando todos nuestros sentidos a la vez que nos permite fijar, cristalizar lo más etéreo: se trata de pensar con la luz, gracias a los ojos, siempre en diálogo con todas las demás formas de abordaje.

La búsqueda de las huellas de los acontecimientos es parte de su generación; esa instantánea que pretende capturar algo que se sabe se escapa en ese mismo acto de aprehensión, estrictamente “*lo que ha sido*” (Barthes, 1989, p. 132). Nada más certero a la hora de concebir la experiencia etnográfica, por eso la íntima conexión que hace de la producción de imágenes visuales algo consustancial a la investigación sobre lo que somos.

Álvarez Pedrosian, E. (2011). *Etnografías de la subjetividad. Herramientas para la investigación*. Montevideo: Liccom-Udelar.

Álvarez Pedrosian, E. (2014). “Práctica teórica en emergencia permanente: creación conceptual desde el ejercicio de la etnografía contemporánea.” En: Melogno, P. *Cambio conceptual y elección de teorías. Actas del II Coloquio de historia y filosofía de la ciencia*. (pp. 273-299). Montevideo: FIC-Udelar.

Álvarez Pedrosian, E. (2018a). “Artes de la resistencia: etnografía de las formas expresivas.” En: Miranda de Oliveira Nakagawa, R. Rodrigues de Matos Oliveira Martins, W. Demetrio Sydenstricker Cordeiro, I. Salves de Brito, Th. (Org.) *Diálogos Interdisciplinarios: intercâmbios e tensionamentos nos estudos de cultura e linguagens* (pp. 29-52). Salvador de Bahia: Edufba.

Álvarez Pedrosian, E. (2018b). Sentidos de lo experimental en la etnografía contemporánea: un debate epistemológico. *Revista de Antropología Experimental*, 18, 249-262. Recuperado: 2020, 28 de Agosto. Disponible en: <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae/article/view/3531>

Argumedo, A. (1993). *Las voces y los silencios en América Latina: Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional - Colihue.

Barthes, R. (1989) [1980]. *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.

Benjamin, W. (1973) [1935]. La obra de arte en la era de su reproductividad técnica. En Benjamin, W. *Discursos interrumpidos I* (pp. 15-57). Madrid: Taurus.

Biehl, J. Good, B. y Kleinman, A. (2007). “Introduction: Rethinking subjectivity”. En: Biehl, J. Good, B. y Kleinman, A. (eds.) *Subjectivity: ethnographic investigations* (pp. 1-23). Berkeley - Los Angeles: University of California Press.

Clifford, J. y Marcus, G. (eds.). (1991) [1986]. *Retóricas de la antropología. [Writing culture: The poetics and politics of ethnography]*. Barcelona: Júcar.

Geertz, C. (1996) [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Gell, A. (1998). *Art and agency. An anthropological theory*. Oxford: Clarendon Press.

Grimshaw A. y Ravetz, A. (edit.). (2005). *Visualizing anthropology*. Bristol - Portland: Intellect.

Guigou, L. N. (2001). El ojo, la mirada: Representación e imagen en las trazas de la antropología visual. En Romero Gorski, S. *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay* (pp. 123-134). Montevideo: FHCE-Udelar-Nordan-Fontaina Minelli.

Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994) [1983]. *Etnografía. Principios en práctica*. Barcelona: Paidós.

Ingold, T. (2008). Anthropology is *not* ethnography. *Proceedings of the British Academy*, 154, 69-92.

James, A. Hockey, J. L. y Dawson, A. H. (eds.) (1997). *After Writing culture: epistemology and praxis in contemporary anthropology*. London – New York: Routledge.

Latour, B. (2004) [2003]. ¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los asuntos de hecho a las cuestiones de preocupación. *Convergencia*, 35, 17-49.

Lins Ribeiro, E. (1998) [1989]. “Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica”. En: Boivin, M. Rosato, A. y Arribas, V. *Constructores de otredad*. (pp. 232-237). Buenos Aires: Eudeba.

Lins Ribeiro, E. y Escobar, A. (2008) [2006]. “Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder.” En Lins Ribeiro, G. y Escobar, A. (eds.) *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder* (pp. 11-40). Popayán: The Wenner-Gren Foundation – Enviñon – CIESAS.

Marcus, G. y Fischer, M. (2000) [1986]. *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*. Buenos Aires: Amorrortu.

Morphy, H. y Banks, M. (1999) [1997]. Introduction: rethinking visual anthropology. En Banks, M. y Morphy, H. (ed.). *Rethinking visual anthropology* (1-16). New Haven – Yale: Yale University Press.

Reynoso, C. (comp.) (1991). *El surgimiento de la antropología postmoderna*. México: Gedisa.

Romero Gorski, S. (2010). “Antropología Social y Cultural: Relato sobre el desarrollo de la disciplina en Uruguay”. En Rita, C. M. (edit). *Un Paese che cambia. Saggi antropologici sull'Uruguay tra memoria e attualità* (pp.53-80). Roma: CISU.

Sontag, S. (2006) [1973-1977]. *Sobre la fotografía*. México: Santillana.

Velasco, H. y Díaz de Rada, Á. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Trotta.